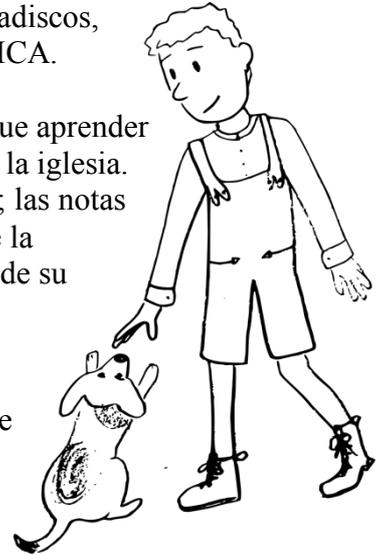


Miguel Manzano, de lo popular a lo universal.

Nos gustaría que conocieras a Miguel. Porque Miguel ha sido copista, pinchadiscos, cura, ceramista, profesor... Pero por encima de todo, Miguel es y será MÚSICA.

Nació en un pequeño pueblo de Zamora, siendo un canturreo alegre con el que aprender los ríos de España, repartir los turnos de juego o memorizar las oraciones en la iglesia. También fue la nana que su madre le cantaba a Amalia, su hermana pequeña; las notas del laúd con el que su padre ensayaba nuevas canciones para sus alumnos de la escuela; o el Señor Don Gato, la primera canción que aprendió de los labios de su abuelo, sentado en el portal de su casa.

Después Miguel se fue a estudiar al seminario y allí descubrió que también podía ser el viento que viaja a través de los tubos de un órgano; o una gota de voz en el mar armonioso de un coro. Y a cada paso que daba, más se fundía con la música. Así que, si ya la escuchaba, la disfrutaba y la cantaba... ¿Por qué no tocarla?



SEMINARIO

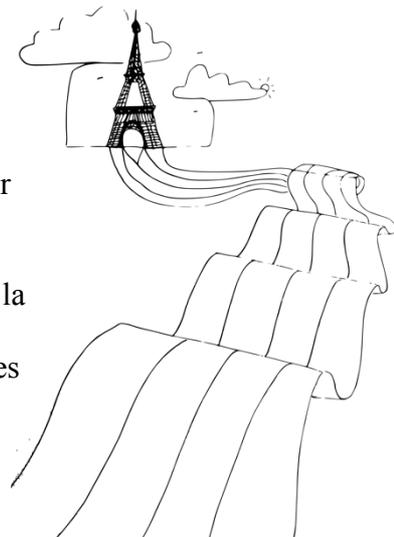


Sus dedos, que ya habían acariciado las cuerdas del laúd, se unieron al concierto y comenzaron a domar un armonio, que con el tiempo creció convirtiéndose en un piano y terminó siendo el gigantesco órgano de la Catedral de Zamora. Pero Miguel nunca tuvo miedo de instrumentos tan enormes, porque él es Música, habla música y piensa música.

Y aunque aún era muy joven, comenzó a enseñar a otros el camino de los pentagramas, a compartir lo que en él continuaba creciendo. Dice que fue entonces, mientras compartía lo aprendido, cuando se dio cuenta de que su vida era música, y que seguiría siéndolo eligiese el camino que eligiese.



Llegaban al seminario vientos nuevos, a los que muchos se resistían. Pero Miguel aprovechó ese soplo fresco para navegar, junto a sus alumnos, en una barca-tocadiscos que surcaba mares de gospel, jazz o bossa nova. El viaje le llevó a París, durante dos años, y le descubrió un mundo nuevo. Un mundo musical que él creía tener aprendido y que se sacudió para crecer aún más fuerte.



Entonces regresa a Zamora, a ese órgano domesticado cuyas notas se pierden en la Catedral, sin oídos que las escuchen; y a una casa especial, en la que puede compartir, discutir y soñar en música con sus compañeros. La casa del Polvorín es el lugar en el que Miguel comienza también a cocinar música. Siempre una música para compartir.



Y cocinando, cocinando, aprendiendo y compartiendo, Miguel escribe canciones que toman los mejores ingredientes musicales para componer algo nuevo, vivo y muy esperado. Las canta en sus reuniones, entre amigos, entre compañeros, entre alumnos... y recibe el aplauso de todos.

Así que finalmente consigue grabarlas en un disco, *Salmos para el pueblo*. Su disco gustará, y mucho. Formará parte de cientos de menús musicales de cientos de ciudades. Viajará a otros países y le hará conocido allí donde vaya.

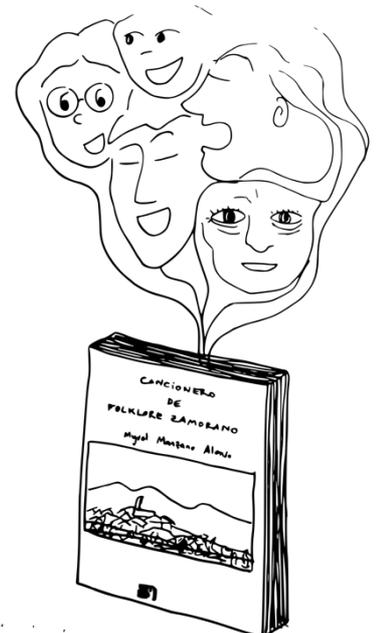
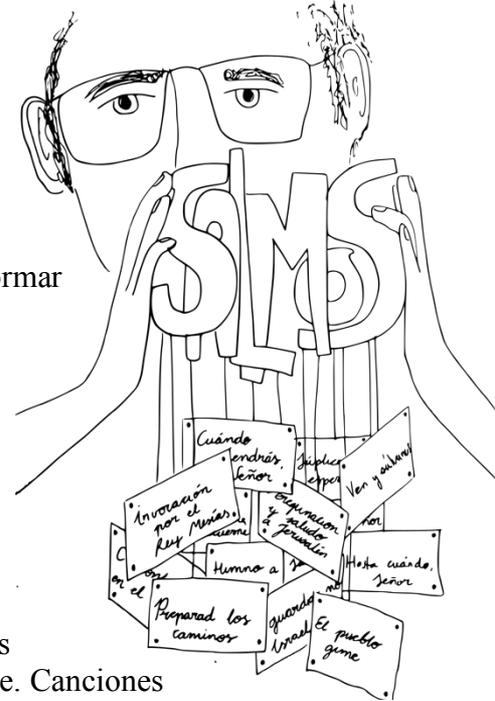
Un día, cansado de pintar notas en el órgano de la Catedral sin oídos que las escuchen, decide abandonar ese trabajo. Y se va a Sanzoles, uno de esos pueblos en los que no pasa nada... o sí. Allí Miguel, orejas musicales atentas, escucha el primer paso de lo que será su siguiente gran proyecto musical; allí buscará trabajo en una fábrica; allí Miguel conoce al Zangarrón y le invita a su casa; allí descubrirá las nuevas canciones que viajan por Sudamérica; y allí decide dejar de ser cura y formar una familia. Allí, en Sanzoles.

Pese a que trabaja muchas horas en la fábrica, en la cabeza de Miguel la música sigue siendo lo principal. Así que pone en marcha una escuela en Zamora, para ayudar a todos los que quieran ser música, como él. Y al mismo tiempo, acompañado de su enorme magnetófono, comienza a grabar las canciones tradicionales que va oyendo en sus veranos por los pueblos de la provincia.

Son canciones que hablan de las tareas en el campo, de las grandes ocasiones, de la religión o el tiempo de divertirse. Canciones que cada vez conocen menos personas y que Miguel va recuperando. Porque no podemos olvidar que Miguel es música y encuentra en esta tarea de estudio e investigación una nueva raíz con la que alimentar su rítmico corazón.

Y así empieza a reunir, durante diez años, más de 1000 tonadas de toda Zamora que, con mimo y atino, pone sobre papel en el *Cancionero de folklore musical zamorano*, un libro guardián de la memoria musical de toda la provincia.

Y entonces ahora, colorín, colorado y ¿Esta historia se ha terminado? No, no, recuerda que Miguel es música y la música nunca se acaba. Después Miguel ha seguido siendo profesor, ha compuesto música para la Semana Santa de Zamora, ha recopilado canciones en otras provincias, ha compuesto para piano la obra *More Hispano*, ha formado parte de varios grupos de expertos, ha dado clase en conservatorios... y seguro que, mientras lees esto, estará pensando, haciendo, cantando, componiendo o hablando música.





¿Fin?...